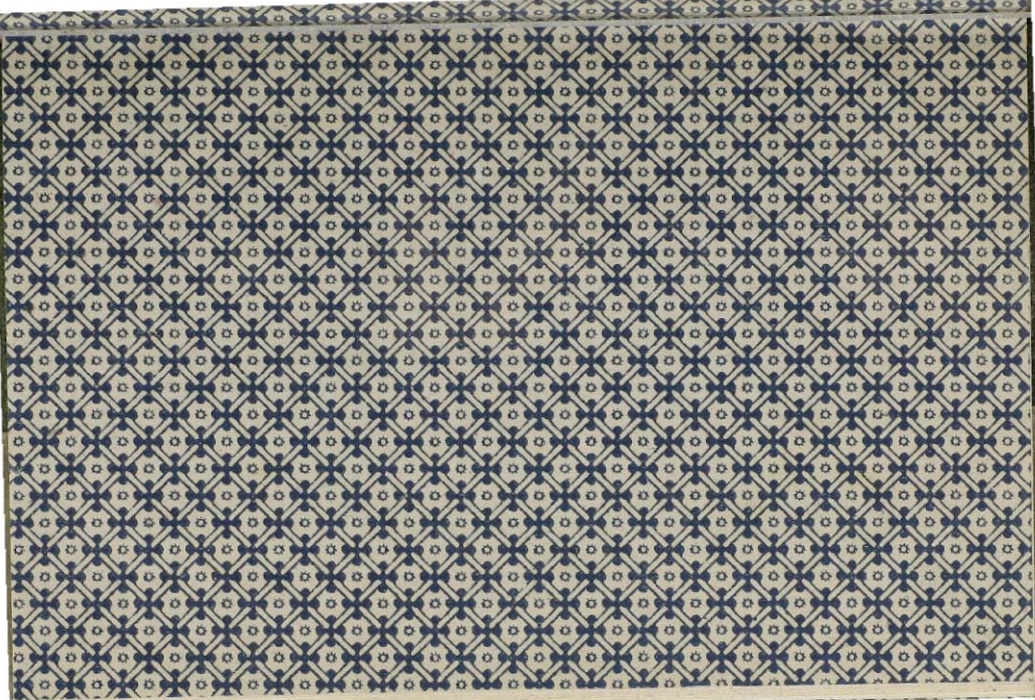








TALLER DE
ENCUADERNACION
P. GUTIERREZ
PLACENTINES, 23 y 36
SEVILLA

NR
F

V-52
UNN

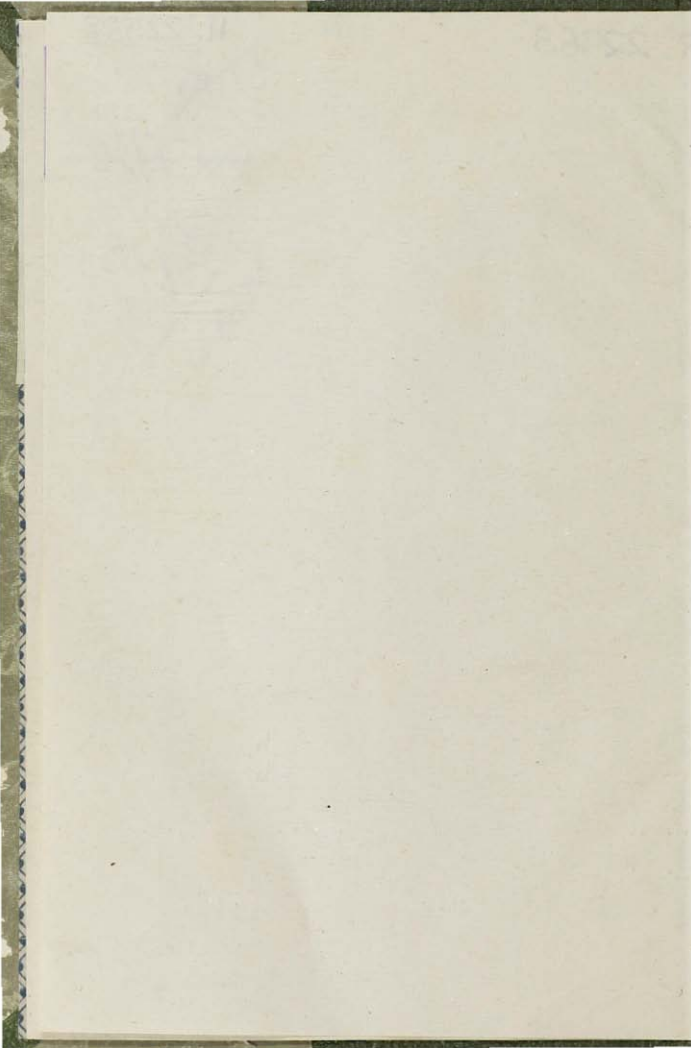
R. 22963

H. 22538

~~5/109~~

~~P2 1/25~~

87/25



LA VERDADERA

HISTORIA

DE

JOSE DE CASTRO

SEU PORTUGAL

1800

EDITADO POR J. J. G. G. G.



ALVARO DE A. A.

ALVARO DE A. A.

ALVARO DE A. A.

VNN

Portugal
Bragança
Galea
Lisboa

Buen ejemplo de esta
obra en

R / 6/57

R/2.202
LA VERDADERA
HISTORIA
DE
INES DE CASTRO.
SUCESO PORTUGUES.

POR
D. BERNARDO MARÍA DE CALZADA.



MADRID. MDCCXCI.

EN LA OFICINA DE D. GERÓNIMO ORTEGA
É HIJOS DE IBARRA.

*Se ballará en la Librería de D. Gabriel Gomez,
calle de las Carretas.*

LA VERDADERA
HISTORIA
DE
JUAN DE CASTRO.
SUOS PORTUGUES.

por
D. BERNARDO MARIA DE CALANDA.



MADRID. MDCCXCI.

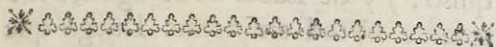
EN LA OFICINA DE D. GERÓNIMO ORTEGA
E HIJOS DE MADRID.
Se halla en la librería de D. Gabriel Comas,
calle de San Cristóbal.

AL LECTOR.

El bayle teatral, executado en el Coliseo de la Opera de esta Corte, á que ha prestado argumento la Tragedia de Doña Ines de Castro, me movió á entretener por unos instantes la curiosidad pública, compendiando la historia verdadera de la Catástrofe de esta virtuosa muger. El buen obrar de las tres personas ilustres, y desgraciadas, de la pieza, que trabajan á porfia por superarse en grandeza de alma, suscita en los corazones movimientos de ternura y de compasion, que, lejos de disgustar, agradan y consuelan. Todo parecerá tan natural, que no habrá repugnancia en creer que son verdaderos los acaecimientos que se narran.

ran. Los que conocen la Historia portuguesa, convendrán en ello; y así, no creo necesario detenerme á probarlo. Es una Nacion la Portuguesa, que abunda de exemplos virtuosos, dignos de imitacion.

Solamente añadiré, que si una ficcion ingeniosa consigue excitar y remover las pasiones, un hecho, como este, no dexará de enterne- cer, aun á los ménos sensibles, sacándoles á los ojos dulces lágrimas.



INES DE CASTRO.

Aunque el amor prometa solo gustos, muchas veces son tristes sus efectos. No basta amar para ser completamente dichoso. La caprichosa fortuna, que se mezcla en todo, respeta poco á los corazones apasionados, quando quiere promover aventuras extrañas.

Multiplicados exemplos de los pasados siglos certifican estas máximas; pero el reynado de Don Alfonso, Quarto de éste nombre, Rey de Portugal, presenta uno de los mas extraordinarios.

Fué hijo de aquel Don Dionisio, (cuyas felices empresas obligaron á decir de él, que hizo quanto
A
qui-

quiso,) y de Isabel de Aragon, Princesa de virtud eminente. Luego que heredó un estado próspero y tranquilo, se aplicó, por todos los medios posibles, á mantener en él la abundancia y la paz.

Para esto concertó el matrimonio de su hijo Don Pedro, que solo tenia ocho años, con Blanca, hija de Don Pedro, Rey de Castilla, con la que casó á los diez y seis. No llevó esta Señora á Coimbra mas que enfermedades y pocos atractivos; pero Don Pedro, que era benigno y honrado, no dexó con todo de vivir bien con ella. Degeneraron aquellas incomodidades en una perlesía; y, deseando la misma Doña Blanca retirarse, disolvió el Papa su matrimonio. Encerró la Princesa sus penalidades en una soledad; y el Infante, para quien ya se habian tratado segundas nupcias,

casó con Constanza Manuel, hija de Don Juan Manuel, Príncipe de la sangre de Castilla, y famoso por la atrevida y delinqüente resistencia que hizo á su Rey.

Estuvo Constanza prometida al Rey de Castilla; pero, no habiéndose realizado el proyecto, la dieron sin dificultad á un Príncipe jóven, que habia de reynar sobre bastante número de bellas Provincias. No pasaba de veinte y cinco años, y era el hombre mas bien hecho de todo Portugal. Juntamente con las ventajosas prendas de la persona, poseía tambien las del animo, y se manifestaba en todas sus acciones merecedor de la Corona que le aguardaba.

La Princesa Constanza era hermosa, generosa y entendida. Su mérito era muy capaz de atraher á Don Pedro; y ciertamente que este Señor

la miraba con una estimacion y un respeto tales, que podian pasar por amor entre las gentes poco penetrantes; mas sus verdaderos amores estaban guardados para otra belleza.

Constanza dió á luz un hijo el primer año de su matrimonio, que fué llamado Luis, y apenas vivió algunas horas. Costola su pérdida muchos pesares; pero mas la afligia la frialdad que notaba en los cuidados de su esposo. No la habia costado dificultad entregarse toda á sus obligaciones, y mirar su amor como su única dicha; pero aquel mismo poderoso interés, que tan estrechamente la ligaba al Príncipe de Portugal, la abria mas los ojos para exâminar sus acciones, en las que no veía cosa natural, que pudiera satisfacer su delicadeza.

Primero lo atribuyó á engaño; pero, habiéndola confirmado el tiempo

po lo que temia , suspiró interiormente , y se portó de manera con el Príncipe , que jamas le dió á entender sus pesares , que no pudo callar á Ines de Castro , confidenta suya , á quien distinguia con su amistad entre todas las demas mugeres.

Esta jóven , tan amada de la Princesa , fué muy acreedora á la preferencia. Era hermosísima , prudente , discreta , ingeniosa , y amaba á Constanza mas que á sí misma , pues , por acompañarla , habia dexado su familia , que era ilustre , y entregádose totalmente á la Princesa. En el pecho de Ines depositó esta Señora sus primeros dolores , y la estimable confidenta hizo quanto pudo hacer para consolarla.

No era sola Constanza la que se quejaba de Don Pedro. Antes del divorcio con Blanca , habia mirado con inclinacion á Elvira Gonzalez,

hermana de Don Alvaro Gonzalez, favorecido del Rey de Portugal. Este entretenimiento de los años primeros del Príncipe hizo impresion sobrada en Elvira, cuya ambicion habian lisongeado las enfermedades de Doña Blanca. Por tanto, miró con rabia secreta la colocacion de Constanza en el lugar que ella ansiaba; y la consumia mas ver que Constanza tenia bastante mérito para quitarla hasta las menores esperanzas.

No pudieron parar sus zelos. Exâminó todas las acciones del Príncipe, y penetró fácilmente que miraba á su esposa con tibieza; pero como aquel efecto no lo volvía á su trato, sospechó, con mucha apariencia, que habia en el Príncipe alguna nueva pasion, y juró contrarrestarsela, luego que llegase á conocerla. Tenia un entendimiento adequa-
di-

dísimo para las empresas atrevidas; y el crédito de su hermano la daba una vanidad, tan grande, que no alcanzaba a humillarla toda la indiferencia del Príncipe.

Penaba éste, sin poderse adivinar la causa. Disgustábanle las diversiones públicas. Las conversaciones ordinarias le cansaban. Únicamente la soledad le aliviaba algo. A todo el mundo sorprendió semejante mudanza. Don Alfonso, que amaba á su hijo, quiso explicarse con él; pero no hubo forma de que respondiese otra cosa, sino que su melancolía era efecto de su temperamento.

Ibase el tiempo pasando, y la Princesa parió un segundo hijo, que vivió, y fué llamado Fernando. Don Pedro se dominó quanto pudo para tomar parte en la pública alegría. Creyóse que se le mejoraba el humor;

mor; pero aquella calma aparente duró poco, recayendo en su negra melancolía.

La artificiosa Elvira vivia continuamente agitada buscando el secreto que apetecía. El acaso trabajó para ella. Cierta dia, que paseaba su cólera por los jardines del Palacio de Coimbra, se encontró con el Príncipe de Portugal, dormido dentro de una gruta oscura. No pudo su furor prevalecer contra aquel objeto. Miróle, y notó, que, á pesar del sueño, se le desprendian de los ojos algunas lágrimas. Enterneciósse, por la parte que aun tenia el Príncipe en su corazon. Oyólo suspirar, y pronunciar seguidamente estas mal articuladas palabras. “Hermosa Ines, „ primero moriré que decir mi amor; „ y con eso Constanza no formará de „ tí queixa.” Estremeciósse Elvira al escuchar una expresion, que le repre-

sen-

sentaba á Doña Ines adornada con todas sus gracias; y, no dudando que poseyese el corazon de Don Pedro, concibió mas odio hácia Doña Ines, que amor tenia al Príncipe. La gruta no era oportuno lugar para hacer reflexiones, ni formar proyectos. Acaso en su primer enagenamiento hubiera despertado al Príncipe, si no hubiese visto en su mano un papel, que le tomó de ella, y, para que no la sorprendieran leyéndolo, partió de allí con tanta conmocion como diligencia.

Luego que estuvo en su quarto, abrió temblando el papel, y vió que eran unos versos escritos por la mano de Don Pedro, quien verosimilmente acababa de componerlos.

Ademas de que Elvira conocia la letra de Don Pedro, tampoco ignoraba que hacia versos; y viendo la triste parte que tenia el himeneo
en

en los que acababan de caer en sus manos, no titubeó en mostrárselos á la Princesa. Para no hacerse sospechosa, no quiso declararse. Y como no bastaba advertir á Constanza que no la amaba su esposo, sino que era menester que supiera, que vivía enamorado de Ines de Castro, dispuso Elvira que una mano no conocida escribiese las palabras siguientes al pie de los versos del Príncipe.

„El sueño vendió á este amante
„infeliz. Su boca, intérprete del
„corazon, ha confesado que pe-
„na y suspira por Ines.“

No pudo su impaciencia aguardar al día siguiente. Fué al quarto de la Princesa, que estaba de paseo, y, penetrando hasta su gabinete sin ser vista, metió el papel en un Libro, que ordinariamente leía la Princesa, y salió contentísima de haber logrado tan bien su hecho.

Volvió Constanza del paseo , entró en su gabinete , vió abierto el Libro , y en él los versos , que tan caro habian de costarla. Conoció al instante la letra del Príncipe , y , ademas de la confirmacion cruel de quanto habia temido , supo que era la causa Ines de Castro , cuya sola amistad podia consolarla en su desgracia. Repetidas veces leyó el papel , procurando desmentir sus ojos y su razon ; pero viendo que no se engañaba , y consultando sus movimientos naturales , se halló con mas dolor que cólera , porque consideró que Don Pedro , por mas enamorado que estaba , habia tenido oculta su pasion. Despues de haberlo compadecido , sin condenarlo , su amor la hizo derramar un torrente de lágrimas , y la aconsejó el proyecto de encubrir todas sus penas.

Lo

Lo hubiera ciertamente hecho, á esfuerzos de su extraordinaria virtud, sino hubiese entrado el Príncipe muy apresurado. Como al despertase hechó ménos los versos, temió que no hubiesen caído en malas manos, y habia vuelto á Palacio desazonadísimo de tal pérdida. Vió á Constanza con los ojos humedecidos, y fixo los suyos sobre los versos, infelices hijos de su amor.

Perdió el color, y se conturbó de tal manera, que la generosa Princesa sintió mas sus males que los suyos propios. Señora, la preguntó sorprendido, ¿quién os ha dado este papel? Nó puede venir, le respondió Constanza, sino de algunos enemigos de vuestra quietud y de la mia. Esta, Señor, obra es de vuestras mismas manos, y sin duda movimiento de vuestro corazon; pero nada temais: en caso de que mi
 ter-

ternura os quisiera hacer de ello un delito , ella misma , incapaz de disminuirse por cosa alguna , me lo impediria.

La moderacion de Constanza confundió mas á Don Pedro. ¡Qué generosa sois , Señora , continuó , y que desventurado yo ! Acompañaron algunas lágrimas á estas palabras ; y la Princesa , que lo amaba extremadamente , se enterneció tanto , que , en largo tiempo , no pudieron ámbos hablar. Rompió por fin Constanza el silencio , y , mostrándole lo que habia añadido Elvira , le dixo : Vos mismo os habeis vendido : os oyeron hablar , y quedó patente el misterio. Entónces fué quando abandonaron al Príncipe todas sus fuerzas , y quedó en un estado digno de lástima. No podia perdonarse el involuntario delito de haber comprometido á la amable é

ino-

inocente Ines ; y , aunque estaba convencido de la bondad de Constanza , podia mas que todas sus consideraciones la idea de los pesares que podria originar su conducta á aquella prudente y modesta jóven.

La Princesa , que lo observaba cuidadosamente , notó en su rostro tantas señales de despecho , que temió las conseqüencias ; y por lo mismo , alargándole cariñosamente la mano , le dixo : os doy palabra de que nunca me quejaré de Vos , y de que siempre estimaré á Ines. Ninguna reconvencion oireis de mí ; y ya que no pueda poseer vuestro corazon , me contentaré con hacerme digna de poseerlo. Mucho mas consternado Don Pedro , dobló una rodilla ante Constanza , besó respetuosamente la mano que le alargaba , y acaso olvidó por algunos instantes á Ines ; pero no tardó el amor en

cor-

cortar los limitados progresos del himeneo. El fatal astro, que presidia al destino de Don Pedro, aun no habia apurado toda su malignidad, de manera que un instante de la vista de Ines prestaba nuevas fuerzas á su pasion.

La voluntad de esta bella muger no habia tenido parte en su triunfo. Sus ojos eran penetrantes, pero justos: y asi no buscaban en los del Príncipe lo que queria descubrirla.

Como se separaba poco de Constanza, apenas salió Don Pedro del gabinete, quando entró ella; y como encontrase á la Princesa agitada y enternecida, no dudó de que tuviera algun motivo legítimo de afliccion. Púsose en la postura en que pocos momentos ántes habia estado el Príncipe, y, manifestando sus inquietudes con miradas expresivas, la dixo: Señora, pidoos, por vuestra

tra mucha bondad , que no me oculteis la causa de vuestra pesadumbre. ¡Ay Ines ! exclamó la bella Constanza , ¿qué quieres tú saber , ni yo qué he de decirte ? El Príncipe está enamorado. La mano que me dió no fué un donativo de su corazon. Toda la ventaja que habré sacado de esta alianza , será quedar hecha víctima de ella. ¡Enamorado el Príncipe ! interrumpió Ines , indignada y sorprendida : ¿qué hermosura puede disputaros el imperio de un corazon que mereceis tanto ? ¡Ay Señora ! todo mi respeto no puede impedirme la murmuracion contra su Alteza. De nada lo acuses , repuso Constanza , porque hace quanto puede , y mas obligada le estoy de querer serme fiel , que si naturalmente me amase. No basta pelear para vencer. Mas hace el Príncipe , en el estado en que se halla,

de

de lo que yo debiera esperar. En fin, es esposo mio, y un esposo amable, á quien no falta mas que lo que yo no he podido inspirarle, esto es, una pasion que me hubiera hecho felicísima. ¡Ay Señora! exclamó Ines, transportada del afecto que tenia á Constanza: es un Príncipe ciego, que no conoce la preciosa dicha que posee. Preciso es, replicó modestamente la Princesa, que conozca otra mayor. Pero, Señora, preguntó Ines, ¿hay por ventura, no digo en Portugal, mas ni en todas las Españas, cosa que se os pueda comparar? Y, dexando aparte vuestras personales prendas, ¿pueden bastantemente elogiarse las de vuestra alma? Querida Ines mia, interrumpió Constanza suspirando, la que me quita el corazon de mi esposo, tiene tanto mérito, que lo disculpa, pues eres tú la de quien

B

se

se ha valido la fortuna para darme tan doloroso golpe. Sí, Ines: el Príncipe te ama; y los merecimientos que en tí reconozco limitan mis quejas, de manera, que ni me permiten el menor resentimiento.

No aguardaba la hermosa Ines lo que oyó de la Princesa. Un rayo la hubiera aterrado ménos. Largo tiempo estuvo sin saber que hablarse, hasta que, por fin, fixando sobre la Princesa sus asombrados ojos, la preguntó: Señora, y ¿qué decis? ¿qué pensais de mí? ¿Seria yo capaz de venderos? Yo, que vine aquí anhelando el reposo de vuestra vida, ¿habré traído conmigo el funesto veneno que la atosiga? ¡Quánto abominaria yo de esta poca hermosura que me suponen, y de que no hago alarde! ¡Quánto aborreceria yo el día desgraciado en que el Príncipe me vió! Pero, Señora, no

es posible que sea yo la destinada por el Cielo para atormentaros. No me querrá tan mal, que decrete ponerme á semejante prueba. Si fuera yo esa persona tan odiosa, no habria destierros ni suplicios á que no me condenase. Elvira es, Señora, á quien el Príncipe ha amado ántes de casaros, y aun ántes de su divorcio con Blanca. Os han hecho, sin duda, alguna relacion indiscreta de este manejo oculto de sus años primeros; bien que lo perteneciente al tiempo de Blanca, no subsiste contra vos. Lo cierto es, respondió la Princesa, que el Príncipe te ama, y es tanta mi vanidad, que creo, que solo tú en el mundo pudieras disputármelo: su secreto se ha trascendido, y él mismo lo ha confesado. ¡Cómo, Señora! añadió Ines todavía mas asombrada, ¡De él mismo Príncipe lo habeis sabido! En-

tónces Constanza le mostró los versos, y no se vió jamas un despecho como el suyo.

Entre tanto que estaban en tan melancólica conversacion, la impaciente Elvira, que queria saber los efectos de sus astucias, volvió al quarto de la Princesa, donde libremente entraba. No la estorbaron que llegase hasta el gabinete, y mortificó con su presencia á dos personas desasosegadas y afligidas, que no la deseaban. Tuvo el gusto de ver ocultar á Constanza los versos que, sin su malignidad, no hubiera visto, y de reconocer un dolor inmoderado en los ojos de la Princesa, y en los de la bella Ines. Permaneció allí todo el tiempo necesario para asegurarse de que habia logrado su fin. Mas la Princesa, que no queria un testigo tan obstinado de la situacion en que se hallaba, mandó

dó que la dexasen sola. Despidiose Elvira, y Ines se retiró al mismo tiempo.

Llegada á su quarto , exâminó mas libremente su aventura, y la tuvo por mas cruel que la muerte. Amaba de muy buena fe à Constanza, y hasta entónces solo habia mirado al Príncipe con aquel aprecio y admiracion, que no podia negarse á sus bellas prendas. Considerábase dolorosamente causa del padecer de una Princesa , á quien debia tantas distinciones. Por eso pasó la noche toda entre lágrimas y quejas, que vengaron bien á Constanza de los males que por ella sufría.

No lo pasaba mas sosegadamente el Príncipe. La generosidad de su esposa aumentaba sus remordimientos, sin disminuir sus amores. Temia, y con sobrada apariencia,

que los que habian manifestado sus versos á Constanza, no revelasen al Rey el secreto de su pasion, pues no esperaba de él tanta indulgencia. De buena gana hubiera dado su vida por salir de aquel apuro.

Penaba la apesadumbrada Princesa, sumergida en una melancolía deplorable. No hallaba en las personas que la constituían infeliz, sino prendas propias para mover su ternura. En vano combatieron los celos la inclinacion que la llevaba á amarlos. No por eso amó ménos al Príncipe, ni concibió odio, ni indiferencia hácia su competidora.

Miéntas aquellos tres atormentados sugetos vivian entregados á su tristeza, determinada Elvira á no dexar imperfecta su venganza, meditaba el modo de concluir la. Su hermano, de quien ella dependia, la trataba con mucha amistad; y juz-
gan-

gando bien, que el amor de Don Pedro á Ines no tendria la aprobacion del Rey, se lo confió á D. Alvaro, quien no ignoraba la inclinacion con que el Príncipe habia mirado á su hermana. Halló poderosamente importante la noticia, porque amaba en secreto á Ines de Castro, á quien no habia declarado su pasion, por habérselo impedido los cuidados que empleaba en su fortuna propia, y solo aguardaba un beneficio de Don Alfonso, para hacer mas considerable la oferta de su mano.

No ocultó á su hermana una cosa, que le costaba muchísimo callar, y fué aumentarla el enojo de ver á Ines soberana de todos los corazones sobre que ella pretendia algun imperio.

Era Don Alvaro uno de aquellos hombres desenfrenadamente ambiciosos, altivo sin generosidad, té-

tríco, cruel, y que nada encontraba difícil ni prohibido para conseguir sus fines. Naturalmente amaba poco al Príncipe, quien, por todas razones, debía ocupar el lugar primero en el corazón de Don Alfonso, limitando así el favor de Don Alvaro. Pero quando supo que era su competidor, aumentóse el odio con los zelos, y suplicó á Elvira, que emplease todas sus mañas para inutilizar un empeño, que forzosamente habia de serle contrario. Prometióselo ella, aunque no quedó complacida, y el hermano descansó sobre su astucia.

Don Alvaro, que habia sentido vivamente la concurrencia del Príncipe de Portugal, pensaba en cómo obscurecer su mérito. Ni Don Alvaro era bien formado, ni de agradable genio; y en el Príncipe sobresalian estas prendas con otras muchas;

chas; pero como era esposo de Constanza, y dependiente de un padre absoluto, y Don Alvaro, libre y rico, puso éste en ello mismo toda su confianza.

Sabía muy bien, que el amor de Don Pedro habia de encolerizar á Don Alfonso, y como deseaba tanto verificar el daño, no se descuidó en llevarle la noticia. Dió tiempo para que el enojo del Rey tomase cuerpo, y luego habló para sí mismo, haciendo al Rey protector de su pasion.

Aunque todo el mérito de Don Alvaro, para con el Monarca, consistia en una condescendencia ciega y continuada, no habia dexado de colmarlo de beneficios en tales términos, que pocas hijas de familia se atreverian á rehusarle su mano. Prometióle Don Alfonso la continuacion de su favor y amistad, y le

le aseguró que , ó no tendria autoridad de Rey , ó Ines sería muger suya.

Diestrísimo Don Alvaro en el arte de manejar á su dueño , correspondió á sus últimas liberalidades con toda aquella sumision propia para conservar su favor. Nunca habia dicho á Ines que la queria ; pero entónces creyó ser ya tiempo de ello , y buscó los medios de realizarlo.

La galantería , que en Coimbra estaba como puesta en olvido , quiso despertarse. Para complacer el Rey á Don Alvaro , baxo pretexto de divertir á Constanza , mandó disponer unos juegos públicos con la mayor magnificencia.

Desde el suceso de los versos , habia procurado el Príncipe violentarse y parecer ménos abatido ; pero padecia substancialmente , y no le

costó poco prepararse para los Torneos. Como no podia presentarse con los colores de Ines, tomó los de su esposa, sin divisas ni llamativos.

Don Alvaro se adornó con las libreas de Ines de Castro; y esta jóven hermosa, inconsolable por la noticia de la Princesa, tuvo otro nuevo motivo de disgusto.

Presentóse Don Pedro con mucha gracia en el campo; y Don Alvaro, que miraba aquel dia como suyo, salió brillando de oro y pedrería, entremezclada con lo azul, que era el color de Ines, y bordados sobre sus arneses varios corazones inflamados, con lazos de amor llenos de dobles A. Su divisa era el amor, que salia de una nube, con estos versos debaxo:

Ya

*Ya es tiempo de parecer:
 Sal de esas nubes, amor,
 Para que vea su Autor,
 Que es obra suya tu sér.*

Quedó el orgullo de Don Alvaro humillado á los pies del Príncipe de Portugal, quien le derribó en tierra, como tambien á otros, llevándose solo la honra de aquel dia. A la noche, hubo gran concurrencia en el quarto de Constanza, donde no se hubiera hallado Ines, sin un mandato expreso de la Princesa. Se presentó mal prendida, pero hermosa. Vió, con sumo desagrado, su nombre y sus colores publicados por Don Alvaro en una fiesta tan general; y si su corazon hubiese sido capaz de algunos movimientos amorosos, ciertamente que su delicadeza no los habria destinado para un hom-

hombre como él. Mirólo con des-
vío, pero no por eso Don Alvaro
dexó de obsequiarla porfiadamente,
hasta que pudo decirla lo que de-
seaba declararla.

Ines no era descortes, pero su
frialidad hubiera desanimado á qual-
quiera otro que Don Alvaro. Señora,
la dixo luego que solo ella po-
dia oirlo, hasta aquí oculté la pa-
sion que me habeis inspirado, te-
meroso de desagradaros, pero ella
ha violentado mi respeto hasta el
punto de no poder callároslo. Nin-
guna atencion he dado á vuestras
acciones, respondió Ines con la ma-
yor indiferencia posible, y ello es,
que si me ofendeis, vuestra es la
culpa de hacerme reparar en la ofen-
sa. De mal agüero es para mí esa
frialidad, replicó Don Alvaro: si
hoy no habeis conocido mi amor,
de temer es que nunca lo cono-
cais.

cais. ¿Qué tiempo habeis elegido para mostrarmelo? preguntó Ines: ¿Tanto honor me hace el que lo hayais publicado tan ruidosamente? ¿Me juzgais tan ambiciosa de gloria, que quiera aspirar á la que viene de vos? A la verdad, que no la habeis mantenido bien en el Torneo. Si esta vanidad es la que os impulsa, no ganareis mucho terreno en un alma, que no gusta tener por qué correrse. Aun quando hubieseis logrado los triunfos que el Príncipe, deberiais haber pensado mejor en el paso que ibais á dar. La voluntad de una muger como yo no se capta con empresas tan poco respetuosas.

Era sobradamente orgulloso el favorecido del Rey para escuchar á Doña Ines sin enojo. Pero como queria reducirla, y no irritarla, ocultó su resentimiento; y reproduciendo la observacion de Ines sobre el triun-

triunfo de Don Pedro, que habia aumentado sus zelos, la dixo: Si no he sido vencedor en el Torneo, no por eso estoy ménos enamorado, ni soy ménos capaz de quedar ayroso en otras ocasiones.

Interrumpiéronlos; pero Don Alvaro, vencidas ya las primeras dificultades, no tuvo mas retentiva, y persiguió á Ines, para quien ninguna fuerza tuvo toda la proteccion del Rey que Don Alvaro lograba.

Nunca supo Don Pedro como habian ido á parar á manos de Constanza los versos perdidos en el jardin. Como la Princesa estaba tan indulgente, solo le inquietaban ya los asuntos de Ines. El amor de Don Alvaro, tan conocido entónces, lo irritaba, y, á haber imaginado las conseqüencias, no la hubiera dexado expuesta á las persecuciones de aquel indigno Competidor.

Te-

Temia tambien que llegase á noticia del Rey su pasion; pero no tenia tan presente á Elvira, que recelase de sus resentimientos.

Ardia ésta en deseos de arruinar á Ines, contra quien continuamente exhalaba su veneno, no cansándose de renovar noticias á su hermano, asegurándole, aunque ninguna prueba tenia, de que Ines correspondia al amor del Príncipe, causa de los pesares de Constanza, y que, si moria esta Princesa, podria Don Pedro casarse con Ines. Por fin, tanto irritó los zelos de Don Alvaro, que corrió éste á participárselos al Rey, quien encolerizado, le dixo: Cásate luego con esa hermosura peligrosa, y asegure su posesion tu reposo y el mio. Yo que, en tantas ocasiones, te he protegido, contempla qué no haré en asunto tan importante como este. Obra sin
re-

reserva alguna. En tu poder pongo las fuerzas del estado , y tuyos son los bienes que poseo , con tal que te hagas dueño de la suerte de Ines.

Satisfechísimo Don Alvaro de las finezas del Rey , tomó toda la autoridad que le daba. Quería cordialmente á Ines , y no se atrevió , por lo pronto , á servirse de la violencia ; pero se resolvió á no usar de miramiento alguno con ella , en caso de permanecer irreducible.

Importunada Ines de Castro de su insistencia , condolida de las penas de Constanza , y , por ventura , enternecida de las que causaba al Príncipe de Portugal , tomó una determinacion digna de su virtud. Por mérito que tuviese Don Pedro , veía en él al esposo de una Princesa , á quien ella amaba ; y así , lejos de cultivar el poder que sobre su cora-

zon tenia , solo pensó en ausentarse de Coimbra. La pasion de Don Alvaro , que no queria favorecer , la sirvió de pretexto : y , dándola prisa el temor de causar al fin un divorcio cruel entre el Príncipe y su esposa , fué á ver á Constanza ; pero tan turbada , que ni pudieron disimularlo todos sus esfuerzos.

Poco costó á la Princesa conocerlo ; y como su desgracia comun no hubiese alterado su amistad , la preguntó con su benignidad ordinaria , ¿qué nueva infelicidad la anunciaba su melancolia ? La fidelidad que os guardo , Señora , respondió Ines , vertiendo un torrente de lágrimas , me pone á una dura prueba : habia yo ceñido toda la ventura de mi vida á la esperanza de pasarla á vuestro lado ; pero es forzoso que lleve yo á otra parte este rostro desdichado , que tan malos oficios
me

me hace. Para conseguir esta licencia, vengo á ponerme á vuestros pies, pues os miro como Soberana mia.

Tan sobrecogida y lastimada quedó Constanza de la proposicion de Ines, que no pudo responderla en algun rato. Lágrimas explicaron al pronto su pena, y, despues de vertidas muchas, para dar nuevos testimonios de ternura á la hermosa desconsolada Ines, fixó tristemente en ella sus ojos, y, alargándola cariñosamente la mano, continuó así::: ¿Conque quieres ausentarte, estimada Ines, y dexarme expuesta al dolor de nunca mas verte? ¡Ay Señora! interrumpió la amable jóven: no manifesteis á la desventurada Ines una bondad, que aumenta sus males á lo sumo. No soy yo la que quiero ausentarme: me lo mandan así la razon y mis obligaciones: nada de agradable

me prometen los dias que pasaré separada de Vos: no hubiera concebido designio semejante, á no verme precisada á ello. No puedo ignorar lo que pasa en Coimbra, y sería yo cómplice de las injusticias que se cometen, si permaneciera mas tiempo en ella. Conozco tu virtud, repuso la Princesa, y puedes quedarte segura, siendo yo quien te detengo, y quien te protesta, que nunca te acusaré de cosa alguna, suceda lo que sucediere. No conviene, Señora, replicó tristemente Ines, responder de lo futuro: yo continuaria siempre siendo delinquente, mientras con mi presencia alimentase unas ideas, que no pueden ser inocentes. Aparte de esto, Señora, no puedo tolerar las importunidades de Don Alvaro. Yo le aborrezco; y como el Rey protege su insolencia, y, por lo mismo, es capaz de emprender

mu-

mucho , veo que mi fuga es absolutamente precisa. Pero, con todo , Señora , aunque me es tan odioso , pongo por testigo al Cielo , que sí , casándome con él , pudiera curar al Príncipe , no vacilaria un instante , y hallaria en mi suplicio el consuelo de haberme sacrificado por mi Princesa , y lo sobrellevaria sin quejarme ; pero ello es , que , siendo yo muger de Don Alvaro , Don Pedro tendria los mismos ojos. No encuentro cosa mas justa que ocultarme en algun rincon del mundo , donde ciertamente viviré disgustada ; pero donde conservaré mi inocencia. Por mas justicia que halles en esa determinacion , interrumpió Constanza , no me obligarás á aprobarla. ¿ Me volveria tu ausencia el corazon de Don Pedro ? ¿ Acaso no se iria contigo ? Sus pesares son mios : mi vida pende de la suya : no , pues , lo aflijas , si es que me amas. Re-

pito que te conozco ; y que , por mas poder que tengas en el corazon del Príncipe , no permitiré que nos abandones.

Bien que Ines conociese sólidamente á Constanza , con todo , no aguardaba de ella tanta virtud. Por lo mismo creció su desventura , y se aumentó la criminalidad del Príncipe. ¡O prudencia ! ¡ó bondad sin exemplo ! exclamó Ines. ¿Por qué los crueles hados no os dan todo lo que mereceis ? Arbitra sois de mis acciones , continuó , besando una mano á la Princesa : no haré mas que lo que quisiereis ; pero medidad , Señora , en lo que la razon os manda prescribirme.

Don Pedro , que no habia visto á la Princesa aquel dia , entró á la sazón , y encontrándolas tan agitadas , preguntó inmediatamente el motivo. Señor , le respondió Constan-

tan-

tanza, Ines, como tan prudente y mirada, teme los efectos de su hermosura, y no quiere vivir mas en Coimbra. Sobre este asunto, que no puede ser agradable, me pedia consejos. Cambió de color el Príncipe, y, con mas conmocion que ámbas, dixo: No puede errar Ines siguiendo vuestros consejos, Señora: dejoos en libertad para que se los deis. Salió, dicho esto. Y la Princesa, cuyo corazon tan enteramente dominaba el Príncipe, no pudiendo disimular su disgusto, prosiguió diciendo á Ines: Quando no tuviera yo tanta satisfaccion en verte, pediria siempre tu presencia para Don Pedro. Es el único alivio que puede tener su amor desgraciado. ¿No tendria razon para llamarme cruel, si yo se lo quitára? Pero esta presencia mia, Señora, interrumpió Ines, es un veneno para el Príncipe.

¿Qué haria yo, Princesa y Señora, si, despues de tanta retentiva, añadiese á los males que ya he padecido, los de declararme su pasion? Le oirías, sin despecharlo, añadió Constantza, y apuntaria yo esta nueva fineza sobre mi cariño. Quereis absolutamente, Señora, contextó Ines, que aguarde yo los sucesos que temo: os obedeceré; pero, si fueren funestos, no castigueis; Dios mio! á un corazon inocente. Así acabó esta conversacion. Ines se retiró á su quarto; mas no para sose-garse.

Lo que Don Pedro supo de la intencion de Ines, agitó cruelísimamente su alma. Deseaba con ánsia no amarla, y llamaba de corazon á la muerte: pero de poco le sirvieron sus deseos. Era cosa decretada por la Providencia incomprehensible. Por mas que se esforzó á confor-mar-

marse con la ausencia de Ines, no dió lugar á ello su amor.

Despues de larguísimos combates, se determinó á hacer lo que no queria que hiciese Ines. Reprendiale su mismo valor la ociosidad en que pasaba sus mejores dias; y así, haciendo ver al Rey, que sus aliados, y aun el Príncipe Don Juan Manuel, su suegro, pedian su presencia en las fronteras, alcanzó fácilmente la licencia de ir á ellas, á cuyo viage no pudo oponerse la Princesa.

Ines lo vió partir sin pesadumbre: mas no se crea que era por aversion. Entónces Don Alvaro trocó la importunidad en persecucion declarada. No hubo cosa que no intentase para mover á la inflexible Ines, y se sirvió mucho tiempo solo de las armas del amor; pero, viendo inútiles sus sumisiones y res-

pe-

petos , mudó de conducta , y formó extraños proyectos.

Como el Rey deferia totalmente á sus consejos , no tuvo dificultad en persuadirle quanto quiso. Quejóse altamente de la ingrata Ines , y no olvidó darle á conocer al Rey , que aquella obstinacion procedia de la sobrada inclinacion con que miraba al Príncipe. Don Alfonso , pronto á irritarse , le reiteró quantas ofertas le habia ya hecho ; y , como todavía no hubiese hablado á Ines en favor de Don Alvaro , no dudó que , haciéndolo , allanaria su voluntad toda especie de impedimentos. Buscó la ocasion de hablarla , y , separándola de los que podian oírlos , la dixo : Juzgaba yo á Don Alvaro con bastante mérito para lograr alguna parte de tu estimacion , y no pensaba que fuese necesario pedirtela yo mismo para él. Sé que me-

mereces mucho ; pero no hallo en Alvaro cosa que le haga indigno de tí. Luego que reflexares un poco en la eleccion que mi amistad hizo de su persona , entre todos los de mi Corte , le harás mas justicia. No es su fortuna de las medianas , siendo yo su proctector. Su nacimiento es noble , su valor le honra , te ama mucho , y así , me parece que tantas razones deben vencer tu esquivéz.

Tan poco dispuesto estaba el corazon de Ines á entregarse á Don Alvaro , que nada pudieron conseguir todas las ponderaciones del Rey. Quando ningun mérito tuviese Don Alvaro , Señor , respondió Ines , la amistad con que vuestra Magestad le honra vale por todas las cosas juntas. El no corresponder yo á sus deseos , no es por encontrarle defectos. Pero , Señor , ¿por qué se
obs-

obstina en amarme , quando conoce que mi genio no es amoroso? ¿Por qué pretende que me someta á él , quando vé que soy tan amante de la libertad? Ni eres tan libre ni tan áspera como dices , la replicó el Rey , encendido de cólera : si tu corazon estuviese limpio de toda especie de afectos , podria recibir uno mas razonable que el que lo ocupa. Dime , imprudente jóven , gobernada por un desgraciado capricho , ¿qué pretendes de Don Pedro? He ocultado hasta ahora los pesares que me causan su flaqueza y la tuya; pero , pues me obligas á mostrarlos , debo decirte , que , aun quando mi hijo no estuviera casado con Constanza , nunca podrias aspirar á su mano. Renuncia , pues , á tan locas ideas , y toma un partido que lo cure , y te justifique.

Apénas fué Señora de su primer

mer movimiento la animosa Ines, al oir un discurso tan terrible. Pero, llamando su virtud al socorro de su cólera, se contuvo por razon, considerando el ultrage recibido, no como procedente de un gran Rey, sino como venido de un hombre obcecado y poseido por Don Alvaro. No lo valuó, pues, digno de su resentimiento. Animáronse sus bellos ojos con una expresion vivísima, que salia por garante de la pureza de sus intenciones, y, fixándolos sobre el Rey, le dixo con un cierto ayre, que tocaba en algo desdeñoso: Señor, el Príncipe no me ha comunicado sus sentimientos, ni yo creo haber contribuido á excitarselos. Para asegurar vuestra desconfianza, y poner mi fama á cubierto, me retiraré á vivir lejos del Príncipe, y de quantos os son allegados. Si, Señor: dexaré gustosísima
ma

ma á Coimbra; y de ese hombre que tanto amais (añadió con una noble altivéz, cuya fuerza entendió el Rey de Portugal,) de ese favorecido, tan merecedor de poseer la cariñosa amistad de un gran Príncipe, os aseguro que, en qualquiera parage del mundo adonde la fortuna me llevare, ni aun conservaré remota memoria. Diciendo esto, hizo una profunda reverencia, y se apartó con tal celeridad de Don Alfonso, que no pudo éste oponerse á su salida.

Creyó el Rey con mas tenacidad que nunca, que favorecia la inclinacion de Don Pedro; y pasó al quarto de Constanza para inspirarla el mismo pensamiento; mas ella no era capaz de admitir semejantes impresiones, y, segun su natural propension, defendió generosamente la virtud de Ines. Irritado Don Al-

Alfonso de verla tan bien intencionada con una competidora, que queria que aborreciese, murmuró de su benignidad, y mezcló su enojo con el de Don Alvaro, quien salió de sí quando vió infructuosa la negociacion de su dueño. La orgullosa me insulta, Señor, dixo al Rey, y desprecia las honras que vuestra Magestad la ha hecho. ¡Qué no pueda yo ahogar una pasion tan funesta! Pero la amo, á pesar mio, y de manera, que, aunque este amor haya de costarme la vida, conozco que no hay medio de vencerlo. ¿Qué es lo que puedo hacer por ti? preguntó Don Alfonso. ¡Ah, Señor! respondió Don Alvaro: lo que yo no puedo esperar jamas del consentimiento de la altiva Ines. Pues bien, añadió el Rey; ya que yo, por mi dignidad, de ningun modo debo, ni quiero, autorizar una violencia-

lencia en el centro de mis Estados, elige , entre todos mis Vasallos , los que mas capaces juzgáres de servirte, y roba la hermosura que te hechiza ; y , si no se rindiére á tu amor, pon en uso quanto poder te dá la fuerza, para precisarla á que te dé la mano.

Loco de contento Don Alvaro de oír proposicion tal , que lisongeaba á un mismo tiempo á su resentimiento y á su amor , se arrojó á los pies del Rey , le ponderó su agradecimiento , hizo valer su zelo con nuevas protestaciones , y no pensó en mas que en emplear su autoridad injusta contra Ines.

Mas de tres meses habia ya que Don Pedro estaba ausente , quando emprehendió Don Alvaro lo que el Rey le habia permitido. Aunque aquel conocia la moderacion del Príncipe , temia con todo su presencia,

cia, y, por eso, no quiso aguardar la vuelta de un competidor, á quien todavía nada se habia disputado.

Una noche, que la triste Ines, agitada con sus inquietudes ordinarias, llamaba en vano al sueño, unos hombres, no conocidos, cuyos pasos estaban de antemano bien concertados, la sacaron de Palacio, y seguidamente de Coimbra, sin que se les opusiese obstáculo alguno. No sabia la pobre Ines de quien sospechar. Don Alvaro la parecia sobradamente poderoso para procurar de aquel modo su satisfaccion; y no se determinaba á acusar de aquel atentado á un Príncipe, de quien tenia la mejor opinion. Quanto pudo decir no la preservó de su mala ventura. Caminaron con diligencia, y, ántes de apuntar el dia, ya estaban muy distantes de la Ciudad.

D

Al

Al primer albor de la madrugada, miró Ines à los que la circuían, sin conocer á ninguno; y, viendo que las exclamaciones y súplicas eran inútiles con aquellas almas fieras, se contentó con implorar la proteccion de Dios, y se entregó á su arbitrio.

Estando así oprimida del dolor, é incierta de su suerte, vió venir un grueso de caballeria hácia ellos. Los robadores no se ocultaron, porque creyeron que fuese Don Alvaro; pero, al acercarse, reconocieron que venia á su cabeza el Príncipe de Portugal, quien, sin antever la ocasion que habia de presentársele de servir á Ines, volvía á Coimbra, todo lleno de la imágen de ella, despues de haber cumplido con quanto debió en su viage.

Ines, que no lo esperaba, mudó entónces de dictamen, y creyó
que

que fuese el robador. ¡Ay, Señor! le dixo: ¿Habiais de ser vos el que me arrancase del lado de la Princesa? Golpe tan cruel ¿habia de darme una mano que tanto ama? ¿Qué hareis con una desdichada, que solo pide la muerte? ¿Cómo quereis obscurecer la gloria de vuestra vida con un atentado tan ageno de vos?

No. ménos admiró al Príncipe este language, que la vista de Ines. Comprehendió que la habian violentado, y, lleno entónces de la mas encendida cólera, la aseguró, con sola una mirada, de que no era el cobarde autor de sus penas. ¡Yo, la dixo, arrancarte del lado de Constanza, cuyo único consuelo eres! ¿Qué opinion has formado del Príncipe Don Pedro? Aunque me ves aquí, me ves inocente de la violencia que te han hecho, y que no

pasará mas adelante. Entónces se volvió hácia los robadores; pero ya su presencia los habia ahuyentado. Mandó á los suyos que los persiguieran, y que, á lo ménos, aseguráran á algunos, por los quales supiese la autoridad con que obraban.

Miéntas esto, no estaba Ines ménos confusa que ántes. Admiraba los efectos de su suerte, que le traía al Príncipe en el momento, que tan necesario la era. Su equidad reparó brevemente los agravios, que padieron haberla hecho sus sospechas. Alegrábase ya de haberse libertado de un peligro, que la pareció inevitable; pero no era su gozo completo, porque consideraba que su libertador era su amante, un amante acreedor á todo su agradecimiento, y que debia su corazon á la Princesa mas amable del mundo.

Don

Don Alvaro, temeroso de ser visto en los alrededores de Coimbra, y, aguardando para perseguir á Ines á que estuviese mas distante, habia confiado el designio á unos amigos, que juzgaba capaces de realizarlo, y que lo hubieran cumplido, á no haber llegado el Príncipe.

Miéntas sus gentes perseguian á los robadores de Ines, quedó casi solo junto á ella, y, aunque habia resuelto huirla siempre, no pudo su firmeza resistir á la prueba de tan bella ocasion. Ines, la dixo, ¿es dable que unos hombres nacidos entre los que nos obedecen, se hayan podido atrever á agraviarte? No me creía yo destinado á vengar semejante ofensa; pero pues el Cielo ha permitido que la recibieses, ó yo he de perecer, ó he de ser causa de reparártela. Señor, replicó Ines,

mas agitada de aquel discurso, que de la empresa de Don Alvaro, los que faltan al respeto de la Princesa, y al vuestro, no tienen obligacion alguna de respetarme. Ninguna duda tengo en que Don Alvaro es el autor de este atropellamiento, é infiero lo que debo temer de él, por lo que me han hecho padecer sus importunidades. Vive seguro de la proteccion del Rey, y quiere hacerle cómplice de sus delitos; pero, en fin, Señor, el Cielo os ha guiado aquí para mi bien; de manera, que os debo la satisfaccion de continuar todavía sirviendo á la Princesa. Tú quieres que se deba á Constanza, repuso Don Pedro, lo que es imposible dexar de hacer por tí sola: tu fidelidad te une à ella; pero el destino de los otros es querer unirse à tí.

La modesta Ines, que temía aque-

aquellas declaraciones, tanto como la desgracia de que la libertaban, no respondió de otro modo, que baxando los ojos; y el Príncipe, que conoció su inquietud, la dexó para hablar con dos de sus soldados, que le traían á uno de los fugitivos, por cuya confesion supo toda la verdad. Lo perdonó, porque le pareció que no debía castigar á quien obedecía á un hombre tan poderoso como Don Alvaro, por la debilidad del Rey.

Hecho esto, Ines fué llevada á Coimbra, donde ya empezaba á dar mucho que decir su rapto. La Princesa estaba sentidísima, porque primero creyó que la ausencia de Ines era consecuencia del designio formado de retirarse. Pero, habiéndola asegurado luego algunas de las Damas suyas, que habia sido violentada Ines, fué inmediatamente á

dar al Rey sus quejas, que oyó con muy poca atencion. Señora, la dixo, dexad que se aleje esa peste fatal, que os arrebatara el corazon de vuestro esposo: no os afliais de su ausencia, y bendecid conmigo al Cielo.

La generosísima Princesa tomó el partido de Ines con mucho valor, y aun estaba disputando con el Rey, quando Don Pedro llegó á Coimbra.

El primero con quien tropezaron sus ojos, fué con Don Alvaro, que atravesaba uno de los patios del Palacio, cercado de muchos Cortesanos, que, por su privanza, le obsequiaban. Tembló Don Pedro á su vista; pero las del Príncipe, y la de Ines, causaron en Don Alvaro otras conmociones. Fácilmente comprehendió que Don Pedro habia arrebatado á Ines de entre

tre las manos de sus gentes; y si su furor hubiera podido entónces quanto quiso , hubiera producido tristes efectos.

Don Alvaro , le preguntó el Príncipe deteniéndolo , ¿ así os servis de la autoridad que os da el Rey mi padre ? ¿ Habeis recibido de su bondad cargos y poder , para cometer perfidias , y ofender mugeres ? ¿ Ignorais cuánto interes tiene la Princesa en la suerte de esta jóven , y cuánto la estima y aprecia ? No : respondió Don Alvaro , con una insolencia tal , que acabó de apurar al Príncipe : no lo ignoraba ; ni tampoco la parte que en ello tiene el corazon de vuestra Alteza. Vil , replicó el irritado Don Pedro , ni el favor de que abusas , ni la osadia que á hablar te mueve , me impediria castigarte , si fueras digno de mis golpes ; pero otros me-

medios hay de humillar tu orgullo: un brazo como el mio no ha de tomar el sucio empleo de castigar á un hombre como tú.

Apartóse Don Pedro, diciendo estas palabras, y dexó á Don Alvaro estrañamente enfurecido, despechado de ver frustrada una empresa, que creyó tan segura, y humillado con los desprecios del Príncipe. Dióse palabra á sí mismo de sacrificarlo todo á su venganza.

Aunque Don Alfonso amaba á su hijo, ofendíale mucho su pasión para perdonarle lo que acababa de hacer. Por tanto, condenó una acción justísima, como delinquente.

Elvira, á quien dulces esperanzas lisonjearon algunos instantes, quedó apesadumbrada con la vuelta de Ines, y así no pensó en otra cosa, que en irritar á su hermano.

Presentóse el Príncipe al Rey;
pe-

pero, en lugar de ser recibido con la complacencia debida al buen éxito de su viage, tuvo de su padre un recibimiento colérico y enojoso. Despues de rendidos sus primeros obsequios, y dado cuenta puntual de lo practicado, le habló de la violencia exercitada en la persona de Ines de Castro, y se quejó en nombre de la Princesa y suyo. Callar debieras en asunto semejante, le interrumpió el Rey, porque es tan vergonzoso el motivo que te impulsa, que me avergüenzo y suspiro. ¿Qué te importa que esa jóven, cuya presencia me importuna, esté de aquí distante, siendo gusto mio? Pero, Señor, repuso el Príncipe, ¿era necesaria la violencia, el engaño y la noche, quando bastaba la menor órden de vuestra Magestad? Ines os hubiera obedecido, pues quizá permanece en Coimbra

à

á disgusto suyo. De qualquiera modo que sea, Señor, Constanza está ofendida, y, á no ser que me contiene el temor de disgustaros, no lo hubieran hecho impunemente. ¡Qué bien te sienta, exclamó el Rey, sonriéndose desdeñosamente, servirte del nombre de Constanza para satisfacer tus propios afectos! ¿Crees que los ignoro, y que esa Princesa infeliz mira indiferentemente los agravios que la haces? No me hables mas de Ines, prosiguió con severidad: conténtate con que te perdone lo pasado; y piensa bien en el aprecio que hago de Don Alvaro, quando algo quisieres emprender contra él. Está bien, Señor, respondió el Príncipe irritado: no volveré á hablaros de Ines; pero ni Constanza ni yo sufriremos que se vea segunda vez expuesta á la insolencia de vuestro favorecido. Estu-

tuvo el Rey ya para hacer un exceso, al oír tal proposición; pero un resto de prudencia lo contuvo. Retírate, dixo á Don Pedro, y medita sobre lo que puedo, y sobre lo que me debes.

Mientras esta conversacion, recibia Ines de la Princesa, y de todas sus Damas, testimonios de amistad y de alegría. Constanza volvió á ver á su esposo con mucha satisfaccion, y, lejos de sentir lo que acababa de hacer con Ines, le dió por ello particulares gracias; y á ella continuó amándola, à pesar de quantos zelos quisieron inspirarla.

Don Alvaro, que veía en su hermana una malignidad, merecedora de su confianza, no la ocultó sus furores. Luego que ella hubo apurado todos sus esfuerzos para arrancar á Ines del corazon de su hermano, viendo que era incu-
ra-

rable su mal, le persuadió, por último, á que mientras que Constanza no estuviese zelosa, nada habia que esperar. Le aseguró, que si concebía sospechas de Ines, no dexaria de abandonarla, y que entónces le sería fácil satisfacerse, porque el Príncipe en quanto hacia contaba con la indulgencia de Constanza. Dado este dictámen á su hermano, le prometió servirlo bien; y como no necesitaba mas que de sí misma para cometer malas acciones, dexó á Don Alvaro el solo cuidado de manejar al Rey.

Quatro años se pasaron en situacion tan triste. La Princesa, ademas de su primer hijo muerto, y de Fernando, que vivia, habia dado á luz dos hijas.

Algunos dias despues de la llegada de D. Pedro, Elvira, diestra en el arte de manejar negocios delinquentes,

tes, se hizo de su parte á una de las jóvenes que servian en la cámara de Constanza. Despues de haberla lisongeado, la llenó de regalos; y conociéndola un natural tan malvado como el suyo, no titubeó en servirse de ella.

Compuso, pues, una carta, que se escribió de un carácter, que no podia ser conocido; y la encomendó á la jóven para que la pusiese en manos de la Princesa, quando tuviese oportunidad, diciéndola, que se le habia caido á Ines. Así era su contenido:

„ No te escribo de puño pro-
 „ pio, por las razones que te diré.
 „ ¡Quán dichoso soy en haber ven-
 „ cido tus escrúpulos! ¡Quántas fe-
 „ licidades me producirá en lo suc-
 „ cesivo nuestro trato! La dulzura
 „ de mi vida te dará à conocer la
 „ sinceridad de mi amor. Pero cui-
 „ da-

„dado con que no echés en olvi-
 „do la conversacion particular que
 „te he suplicado. Me parece que
 „quantos viven á tu inmediacion
 „me quitan algo de tí. No me atre-
 „vo à hablarte en público. Acude
 „esta noche donde sabes: te lo pi-
 „do por todo lo que he tolerado.
 „No me trates mas de Constanza.
 „Conténtese con mi aprecio, pues
 „mi corazon solo puede ser tuyo.“

La portuguesa infiel sirvió pun-
 tualmente á Elvira. A la mañana
 siguiente, viendo salir à Ines del
 quarto de la Princesa, llevó la car-
 ta à esta Señora, quien la tomó, y
 leyó lo que estaba lejos de imagi-
 nar. Por ventura nunca produjo la
 terneza efecto mas doloroso que en-
 tónces. ¡Ay! exclamó: ¡Culpados
 estan ámbos! Por mas que mi co-
 razon quiera defenderlos, fuerza es
 que mi razon los condene. Prince-

sa desgraciada, triste objeto de los caprichos de la suerte, ¿por qué no mueres, si conoces que no eres capaz de vengarte? ¡Ay, Don Pedro! ¿para qué me diste la mano, no pudiendo darme el corazon? Y tú, bella é ingrata Ines ¿nacistes para desdicha mia, y para ser quizá causa de mi muerte?.... Dados algunos instantes á la violencia del dolor, llamó á la portadora de la Carta, la intimó, que á nadie habláse de ello, y, mandó despues, que á nadie se le permitiese entrada en su quarto.

Sola en él, pensó con mas libertad en aquel, que no la amaba, y en aquella, que la vendia. La turbacion de su alma no fué poderosa á que dexase de disculparlos; y, determinada ya á hacer quanto pudiese por Don Pedro, tomó la resolucion vigorosa de no quejarse jamas de él.

E

No

No pasó mucho tiempo , sin que averiguase Elvira los pesares de la Princesa , de cuya causa esperaba los efectos que apetecía.

Bien distante Ines de antever tal borrasca , volvió á la compañía de Constanza , y , sabiendo su indisposicion , pasó lo restante del dia á la puerta del quarto para adquirir noticias de su salud ; pero no la permitieron entrar. Novedad semejante la sorprendió é inquietó. Lo mismo vino á suceder al Príncipe , quien se maravilló de un orden , que no debia hablar con él.

Por fin , Constanza se dexó ver al dia siguiente ; pero tan abatida , que nadie pudo dudar lo mucho que habia padecido. Ines fué la mas solícita en presentarse. No pudo la Princesa contener sus lágrimas. Ambas guardaron silencio largo rato. Constanza atribuyó el de Ines á algu-

gunos remordimientos. Pero como esta jóven desventurada no pudiese ocultar mas su pena , prorumpió así: ¿Es posible , Señora , que me hayais privado dos dias de vuestros favores ? Yo ¿qué he hecho ? ¿Por qué me castigais así ? Miróla entón-ces la Princesa tristemente , y solo respondió con un suspiro. Ofendida Ines de aquella reserva , salió del quarto, con un desabrimiento tal, que contribuyó á creerla delinquente.

Entró despues el Príncipe , y encontró á Constanza mas agitada que de costumbre. Rogóla con aga-sajo que no descuidase su indisposi-cion. El mayor bien para mí , Se-ñor , respondió , no es la continua-cion de mi vida. Mas cuidaria de ella , si os amára ménos ; pero.....No pudo acabar la razon , y el Prín-cipe , consternado de su embarazo, suspiró sin contestarla , cosa que re-

dobló sus penas. A esto se mezcló el despecho : y acudiendo todo de tropel á persuadir á Constanza que la sacrificaban , no dió lugar à explicacion alguna , y dexó retirar á su esposo , sin haberle hablado.

No hay cosa mas capaz de perturbar la razon , y de alterar la salud , que soledad y callados zelos. Constanza , acostumbrada á hablar libremente con Ines , y creyéndose engañada de ella , se entregó á tales inquietudes , que la abatieron. Cayó gravemente enferma. Toda la Corte tomó parte en sus males. Don Pedro se afligió verdaderamente. Pero no hubo quien igualase á Ines en el sentimiento.

La frialdad de Constanza con ella , sus continuados suspiros , y su porfiada enfermedad , dieron motivo á que , despues de haber buscado la causa en todo quanto pudo

tra-

traer á la memoria , empezára á temerse á sí misma , y á culparse de lo que padecía la Princesa.

Però los males tomaron tanto incremento , que dió ya cuidado la vida de Constanza , y ella misma conoció que ya la llegaba su término. Ninguna inquietud la causó aquel pensamiento. Miró la muerte como un gran bien , y vió , sin alterarse , el desconsuelo de quantas personas la asistian.

Don Alfonso , que la amaba , porque conocia sus virtudes , sintió muchísimo la extremidad á que habia llegado ; y Don Alvaro , que no habia perdido ocasion de asegurarle que los zelos acababan con la Princesa , le irritó mas y mas contra unos delinquentes , dignísimos de compasion.

El Rey de Portugal no era hombre capaz de reprimir por mu-

cho tiempo su cólera. Das unos exemplos, dixo al Príncipe, que harán ilustre tu memoria. La muerte de Constanza, de que á tí solo puede acusarse, es el fruto infeliz de tu pasión delinqüente. Téme á Dios, y considerate un monstruo, que no debiera vivir. Si los gritos de la sangre no me habláran todavía á tu favor, ¿qué no tendrías que temer de mis justos resentimientos? Pero esa Ines imprudente, á quien cosa alguna me liga, ¿qué no debe esperar, si Constanza muere? Ha venido á mi Corte á encender tus locos deseos con esperanzas vanas, y á quitarnos una Princesa amable, que no merecias poseer.

Sabia muy bien Don Pedro que no ignoraba Constanza su inclinacion á Ines; pero tambien sabia la moderacion con que se habia explicado sobre este punto. Sintió vivamente-

mente la reprension del Rey ; pero como su falta no era voluntaria , porque una fuerza superior lo forzaba á que amase á su pesar , se mostró , mas que confuso , afligido. Vuestra Magestad me acusa , respondió , sin haberme exâminado bien. Si conocieseis , Señor , mis intenciones , acaso no me tendríais por tan culpado. Nombraré por Juez de mis acciones á la Princesa , á la misma Princesa que decis que sacrifico , si se halláre en estado de ser consultada. Puedo ser culpable de alguna flaqueza ; pero ni su equidad me la ha reprendido , ni mi boca ha informado de ella á Ines. Pero , Señor , quando yo hubiera cometido algunas faltas , ¿ por qué habiais de castigar á una muger inocente , que quizá las reprobaria tanto como Vos ? ¡ Ah , imprudente ! exclamó el Rey : demasiado te ha favorecido : no fue-

ran tus afectos tan constantes, si no fueran correspondidos. Señor, replicó el Principe, sentidísimo del ultrage que se hacia á Ines, en verdad que ofendeis á una virtud bien pura: no son las expresiones, que os aconseja el enojo, dignas de vuestra Magestad. Ni me ha hecho Ines favores, ni yo se los he pedido. Protesto que nada he pensado contra lo que debo á Constanza.

Hablando estaban, quando una de las Damas de la Princesa se presentó llorosa á noticiar á Don Pedro que su esposa agonizaba. Date prisa á ver tu obra, le dixo el Rey, y no aguardes de un padre, que te ha contemplado mas de lo justo, otra cosa que el horror que mereces.

Corrió el Principe al quarto de Constanza, á quien encontró moribunda, y á Ines desmayada entre los
bra-

brazos de algunas mugeres. La causa de aquel aumento de males fué, que Ines, que no podia vivir con la indiferencia de Constanza, la habia rogado humildemente, que la dixese qual era su delito, y que, ó la quitase la vida, ó la volviese á su amistad. Constanza, que conocia ser infalible su muerte, no quiso guardar ocultos resentimientos contra Ines, y, despues de algunas palabras, que la prepararon á una triste declaracion, la manifestó el pernicioso billete, que habia compuesto Elvira. ¡Ay, Señora! gritó la bella Ines, despues de leído. ¡Ay, Señora! ¡Quántas crueles inquietudes me hubierais ahorrado, si vuestro corazon se hubiera explicado conmigo con su acostumbrada confianza! No es dificultoso conocer que esta Carta es artificiosa, y que tengo desapiadados contrarios. ¡Imagináis, Señora,

ra , que es tan imprudente el Príncipe , que se serviria de otra mano que la suya en una ocasion semejante ? ¿ Me teneis por tan incapaz que guardase con tan poca precaucion este testigo de mi vergüenza ? Ni estais vendida por vuestro esposo , ni por mí. Pongo por testigo al Cielo , y á los esfuerzos que hice para salir de Coimbra. ¡ Ay , Princesa mia ! ¡ Quán poco habeis conocido á la que tanto habeis honrado ! No creais que , si me justifico , sea para continuar en el comercio del mundo. No : no hay País tan distante , que me parezca lejos para retirarme. Yo ocultaré mi cara de manera , que no causará mas daños.

Movida la Princesa de las expresiones y lágrimas de Ines , la tomó una mano , se la apretó , y , poniendo sobre ella sus ojos , capaces de mover á lástima aun á los
mas

mas insensibles , la dixo : Si te he ofendido , querida Ines mia , la muerte , que aguardo de un instante á otro , te vengará de mí. Debo asegurarte , que nunca he dexado de quererte , y que creo quanto me dices , y que te vuelvo toda mi cariñosa confianza.

Entónces fué quando el dolor , que sobre las dos obraba , las puso en aquella extremidad que obligó á llamar al Príncipe. De nada quedó capaz al mirarlas , y aunque algunos impulsos le encaminaban hácia Ines , acudió con preferencia á Constanza.

La Princesa , á quien un frio sudor anunciaba su último instante , conoció que nada tenia ya que considerar , y así , mandando que se fuesen los que podian serla sospechosos , dixo á Don Pedro : Señor , aunque dexo sin pesar la vida , no os dexo sin pena. Príncipe mio , con-
vie-

viene vencer muriendo : quiero olvidarme enteramente de mí , para no pensar sino en Vos. De nada me querello , pues sé que la inclinacion es quien gobierna los corazones , y no la razon. Ines es tan hermosa , que puede promover pasiones violentas , y tan virtuosa , que merece la mejor fortuna del mundo. La pido perdon de cierta injusticia que la hice , y os la recomiendo como una persona que amo. Prométeme , ántes que expire , que la dareis el lugar mio en vuestros Estados. No hay quien mas dignamente lo llene. No podeis elegir Princesa mas perfecta para vuestros pueblos , ni madre mejor para vuestros hijos. Y tú , amada y leal Ines , continuó , no des oidos á una virtud sobradamente escrupulosa , que podria oponerse á las felicidades del Príncipe de Portugal. No le rehuses

ses un corazón que merece, y transfiriele la amistad que me profesabas, juntamente con la que debes á su mérito. Cuida mucho de la juventud de Fernando, y de ambas Princesitas, de manera, que me encuentren en tí. Hablales de mí algunas veces. A Dios: gozad una y otro felicísima vida, y abrazadme por la postrera vez.

La desconsolada Ines, que habia recobrado algunas fuerzas, volvió segunda vez á desmayarse. A su debilidad siguieron unas tan vehementes convulsiones, que se temió perdiese la vida. Pero Don Pedro no se apartó un instante de Constanza. ¡Cómo! Señora! la dixo: ¿Creeis que para mí sea un bien vuestra separacion? ¡Ay Constanza! Si mi corazón os ha hecho algun ultrage, con vuestra misma virtud lo castigais, sin quererlo.

¿Pen-

¿ Pensais que soy tan bárbaro que::: Iba á continuar , quando vió que la muerte cerraba para siempre los ojos de la generosísima Princesa. Faltó muy poco para que el Príncipe la imitase.

Pero ¡á cuánto subió lo amargo del dolor de Ines , quando supo, en uno de los interválos en que tenia despejada su razon , que acababa de expirar Constanza ! Quiso matarse , y hizo demostraciones , hijas de un verdadero despecho.

Al saberse la muerte de la Princesa , todo fué llanto , así en en el Palacio como en la Ciudad. Elvira, que vió entónces á Don Pedro libre , se arrepintió de haber contribuido á la muerte de Constanza. Don Pedro , que se acusaba á sí propio , deploró su desventura. Y la bella Ines , que se creía la causa verdadera , prometió solemnemente
á

á su dolor , que nunca lo arrojaria de ella.

Hubo necesidad de guardarla á vista muchos dias , en todos los quales no se la enjugaron los ojos. El Príncipe vistió rigorosísimo luto. Pero , pasados los movimientos primeros , diéronle á conocer los de su amor , que era el mismo que ántes.

Pasó mucho tiempo sin ver á Ines ; pero aquella ausencia sirvió solo de que la encontrase mas hermosa , quando se le presentó.

Don Alvaro , que temia la libertad del Príncipe , hizo nuevos esfuerzos para reducir á Ines de Castro , quien quedó como insensible para todo , ménos para su dolor. Elvira , que quiso aprovecharse de su destreza , buscó socorros en el arte , y astucias en su ingenio , para revivir en el pecho del Príncipe
aquel

aquel amor , que en otro tiempo la habia confesado ; pero habian terminado ya las inconstancias de Don Pedro. Ines habia de reynar únicamente en su corazon.

Determinó firmemente ésta , luego de muerta Constanza , pasar en un retiro lo restante de su vida. Pero , por mas precauciones que tomó , lo supo el Príncipe , y trabajó quanto pudo para disponer á tanto golpe su constancia. Creyóse mas firme de lo que era. Despues de haberse consultado bien , conoció claramente quan necesaria le era la presencia de Ines. Díxola finalmente un dia , rebentando el corazon de pena , y humedecidos los ojos, ¿quál de las acciones de mi vida te ha impulsado , Ines , á decretar mi muerte ? Bien que jamas te haya dicho yo quanto te amo , me parece que no lo ignoras. Precisado me he visto

to

to á callar muchos años por tí , por Constanza , y por mí ; pero no alcanzo á violentarme mas , y quiero explicarme á lo ménos una vez contigo. Recibe , pues , la seguridad de una pasión respetuosa y viva , con la oferta de toda mi fortuna , que solo desearé aumentar para partirla contigo.

No dió mas respuesta Ines , que prorumpir en abundantes lágrimas ; pero habiéndolas enjugado , y mirando à Don Pedro con ayre de darle à conocer , que no estaba conforme con sus deseos , le dixo : Si fuera yo capaz , Señor , de la flaqueza à que quereis resolverme , os veriais precisado à castigarme. Apenas enterrada Constanza , ¿ quereis que yo la ofenda ? No , Princesa mia , añadió con mas veemencia , no : aquella que colmasteis de tantos favores , no merecerá los eno-

jos del Cielo, y los desprecios de los hombres, con una accion tan p rfida. No os obstineis, Señor, en un proyecto, que nunca favorecerá. Debeis   Constanza muerta una fidelidad que os justifique; y yo, para reparar los males que he causado, debo tambien huir de todo trato con vos. Ve, pues, Ines, replicó el Príncipe demudado el color,   esperar las noticias de mi muerte, al parage donde tu crueldad te llevare. No tardarán en llegarte, porque pronto encontrará con ella en la guerra que ocupa á nuestros vecinos.

Estas palabras últimas hicieron conocer   Ines de Castro, que su inocencia no era tal qual imaginaba, y que se interesaba su corazon en la salud de Don Pedro. Debeis, Señor, la conservacion de vuestra vida al Príncipe y Princesas que
 Cons-

Constanza os ha dexado , repuso
 tiernamente Ines : ¿Abandonariais su
 juventud à Don Alvaro ? Vivid ,
 Señor , vivid , y dexad á la desdi-
 chada Ines , que se sacrifique sola .
 ¡ Ah , jóven cruel ! interrumpió el
 enamorado Príncipe , ¿ por qué me
 aconsejas que viva , no pudiendo vi-
 vir sin tí ? ¿ Es , por ventura , efec-
 to de tu odio ? No , Señor : respon-
 dió apresuradamente Ines : no os
 aborrezco ; y plugiese al Cielo , que
 viniera al socorro de mi debilidad al-
 gun poco de indiferencia . No me
 hagais decir mas . A la vista teneis
 lo encendido de mi color : expli-
 cadlo como quisierais ; pero consi-
 derad al mismo tiempo , que , mién-
 tras menor fuere la aversion con que
 os miráre , mas culpada seré , y mas
 obligacion tendré de no hablaros ni
 veros . Finalmente , Señor , si os opu-
 siereis á mi retiro , os declaro , que

Don Alvaro, aunque para mí tan odioso, me servirá de defensa contra vos, determinándome ántes á casarme con un hombre aborrecido, que á favorecer una pasión, que ha costado la vida á Constanza. Pues bien, Ines, replicó el Príncipe, mirándola dolorosamente: Sigue los movimientos que te aconseja tu bárbara virtud. Toma las precauciones que juzgares necesarias contra tan desdichado amor, y goza de la gloria de habérmelo negado todo.

Salió el Príncipe, dichas estas palabras; y aunque Ines quedó confusísima, no por eso lo detuvo. Peleó su entereza con su pesar, y pensó mas que nunca en ausentarse.

Hubiérale sido difícil salir de Coimbra, sin consentimiento del Rey; y así, para no alargar lo que tan necesario la parecia, fué al quarto de Don Alfonso. Aun no obs-
tan-

tante los intereses de Don Alvaro, le manifestó severidad; pero, con todo, no queriendo concederla lo que pedia, la dixo: no partirás de aquí, si eres prudente; aquí gozarás con Don Alvaro de mi amistad y beneficios. He tomado otro partido, Señor, respondió Ines, en el qual ninguna parte tiene el mundo. Podrias exceptuar á Don Pedro, replicó el Rey de Portugal: su estado puede satisfacer á qualquiera muger ambiciosa; pero tú no querrias succeder á Constanza, que te amaba tan tiernamente. Fuera de que las Españas tienen todavía Princesas, para llenar una parte del trono, que he de dexar à mi hijo. Señor, replicó Ines, vivamente ofendida de aquel discurso, si me sintiera con disposiciones para amar, y con ideas de matrimonio, el Príncipe sería el único en quien pudiera poner la mi-

ra : vuestra Magestad sabe, que si mis padres no poseyeron Coronas, no fuéron indignos de poseerlas. De qualquier modo que sea, quiero ausentarme. Presumo no ser esclava aquí donde vine libre.

Aquella osada respuesta, que daba á conocer el character de Ines, maravilló y enojó á un mismo tiempo al Rey. Partirás quando lo juzgáremos apropósito, replicó el Soberano; y, sin ser esclava en Coimbra, no dexarás de aguardar nuestras órdenes.

Bien vió Ines, que era preciso quedarse, y lo sintió tanto, que no salió de su quarto en muchos dias, sin atreverse á informarse del Príncipe; pero aquella soledad la ahorró la pesadumbre de ver á Don Alvaro.

Entretanto cayó enfermo Don Pedro, y tan de peligro, que se hi-

hizo general el temor de su muerte. No pudo dudar Ines, que los males fuesen efecto de sus disgustos. Primero se creyó bastante fuerte para verlo morir, ántes que mostrarsele favorable; pero un poco de meditacion la convenció prontamente de lo contrario. No encontró en lo íntimo de su corazon aquella firmeza cruel, que creyó tan bien establecida. Sintió turbaciones, inquietudes, vertió lágrimas, formó deseos, y descubrió por último toda su flaqueza.

No pudieron ver al heredero de la Corona, y à un Príncipe, que tanto lo merecia, en aquella extremidad, sin afligirse en todas partes. El pueblo, que lo amaba, pasaba dias enteros à las puertas del Palacio, esperando noticias de su salud, y los Cortesanos estaban consternados.

Don Alvaro sabia ocultar delante del Rey su maligna alegría, baxo tristes apariencias. Elvira, llena de ternura, y quizá de remordimientos, padecia tambien por su parte. El Rey, que, aunque condenaba el amor de su hijo, no dexaba de amarlo, no podia resolverse à perderlo. Y Ines de Castro, que sabia lo excesivo de su mal, aguardaba su fin con agitaciones extrañas.

En fin, pasado un mes de temores, renacieron las esperanzas. El Príncipe, y Don Alvaro, fuéron los únicos que no se alegraron. Pero el gozo de Ines igualó al de todos juntos.

Viendo Don Pedro, que era forzoso resolverse à vivir à su pesar, no pensó en mas que en pasar dias melancólicos. Luego que pudo andar, buscó la soledad, y
ga-

ganó sobre su flaqueza el vivir donde no estaba Ines; pero su imagen lo acompañaba siempre, y su memoria, siempre fiel en representarsela con todas sus gracias, se la hacia cada vez mas peligrosa.

Un dia, que le habian llevado al jardin, buscó un laberinto, que estaba en lo mas retirado, para ocultar allí su melancolía por algunas horas. Encontróse allí inesperadamente con Ines, à quien pesares, poco diferentes de los suyos, habian guiado al mismo parage. Hízole titubear su vista. Vió Ines en la amarillez y abatimiento del Príncipe los restos de su mal; y quedó admirada de lo caido y triste de sus ojos. Por mas que quiso huir, la detuvo una fuerza no conocida. Fuéla imposible ausentarse.

Pasados algunos instantes de silencio, interrumpidos con muchos

suspiros, se levantó Don Pedro del sitio donde su debilidad le habia obligado á sentarse. Mostró á Ines, acercándose á ella, las dolorosas señales de su padecer, y, no contentándose con promover su lástima por sus mismos ojos, la dixo: Determinastes mi muerte, cruel Ines, y mi voluntad estaba de acuerdo con tu determinacion; pero ha querido el Cielo conservarme para otros males. Vuelvo á verte, tan infeliz, y mas enamorado que nunca.

No necesitaba Ines de estas palabras para enternecerse. Lo deshecho y acabado del Príncipe hablaba; y el corazon de aquella hermosa jóven estaba sobradamente dispuesto á rendirse. Parecióla entónces que ya Constanza podia estar satisfecha. El amor, que peleaba por Don Pedro, triunfó de la amistad, y halló aquel dichoso momento tan suspi-
ra-

rado por el Príncipe de Portugal.

No me riñais, Señor, replicó Ines, lo que me ha costado mas que á vos: no acuseis á un corazon, que ni es ingrato, ni bárbaro. Llegó el caso de deciros, que os amo. Hecha esta declaracion, ¿qué mas quereis de mí?

Don Pedro, que no esperaba una resolucion tan favorable, tuvo por lo mismo una indecible satisfaccion; y la dixo mas con el silencio, causado por su pasion, que hubiera podido decirla con palabras eloqüentes.

Conocida toda su felicidad, se explicó con la amable Ines sobre lo que debian temer de Don Alfonso. Se convinieron en que el fatal billete, que habia envenenado los últimos dias de la vida de Constanza, no pudo venir de otras manos, que de las de Elvira, ó de
Don

Don Alvaro. El Príncipe, que sabía ya que su padre le estaba proporcionando nueva boda, y que quería que su favorecido casase con Ines, rogó á esta encarecidamente, que , para precaver tantas persecuciones, consintiese en un matrimonio secreto. Convino en ello Ines, despues de haberse resistido largo tiempo. Haré lo que quisiereis, Señor, le dixo, á pesar de que tengo funestísimos presentimientos. Toda la sangre se me hielá quando pienso en esta union, porque me parece, que la imagen de Constanza quiere impedírmelo.

El enamorado Príncipe allanó todos sus escrúpulos, y se separó de Ines con una complacencia tal, que en breve le recuperó sus fuerzas. Continuó viéndola con aquel gusto que dan las visitas hechas á hurto de los curiosos; y llegó el día de

su union. Don Gil, Obispo de la Guardia, hizo la ceremonia de su matrimonio, en presencia de muchos testigos, fieles á Don Pedro, quien se vió poseedor de la belleza de Ines.

Aunque ya esposa del Príncipe de Portugal, no por eso vivió sosegada. Sus enemigos, que continuaban persiguiéndola, no la dexaron parar; y el Rey, irritado hasta lo sumo de su resistencia, la mandó terminantemente que se casase con Don Alvaro, con amenazas de que forzaria su voluntad, si persistia inobediente.

Tomó el Príncipe descubiertamente su partido; y esto, junto con la repulsa de casarse con una Princesa aragonesa, dió sospechas de la verdad á su padre.

Tenia este Señor un Segundo, sobradamente interesado en ella para

ra no descubrirla. Don Alvaro y su hermana hicieron tales diligencias, derramaron tanto dinero, é hicieron tantas ofertas, que, al fin, averiguaron la secreta union de Ines, y de Don Pedro.

Faltó poco para que el Rey, en su primer enagenamiento de cólera, no hiciese un castigo exemplar en la hermosa Ines. Don Alvaro, cuyo amor se trocó en odio violento, contuvo su primera determinacion, dándole á entender, que, aun quando se anulara el matrimonio, no se lograría suficiente venganza. Por fin, agrió de tal manera el ánimo del Monarca, que lo reduxo á consentir en la muerte de Ines.

El bárbaro favorecido, ofreció su mismo brazo para la sangrienta execucion, saliendo por fiadora su rabia de la seguridad del sacrificio.

Don

Don Alfonso , que , con aquella alianza , juzgaba obscurecida la gloria de su familia ; y la particular suya , con el procedimiento de su hijo , dió plenos poderes al Verdugo que lo animaba.

No era fácil executar tan horroroso atentado. Aunque el Príncipe solo veía á Ines de oculto , no dexaba de velar cuidadosamente sobre su seguridad. Mas habia ya de un año que era su esposo , quando halló Don Alvaro la ocasion que tanto buscaba.

El Príncipe no se divertia mucho , y se alejaba rara vez de Coimbra. Un dia infelicísimo , señalado con la execucion mas horrible , dispuso una cacería en una hermosa casa de campo , que los Reyes de Portugal tienen junto á la Ciudad.

Gustaba Ines de todo quanto podia complacer al Príncipe ; pero
una

una agitacion interior le presentaba temible aquel viage. Señor, le dixo, asustada sin saber por qué, no sé qué tengo, que tiemblo hoy al veros, como si os viera por la última vez de mi vida. Conservaos, Príncipe mio; y aunque el exercicio que apeteceis no sea peligroso, reparad en los menores peligros, y volvedme á traer todo lo que os confio.

Don Pedro, que nunca la habia visto tan bella y atractiva, la abrazó repetidas veces, y salió del Palacio con su comitiva, para no volver hasta el dia siguiente.

Entre tanto que caminaba, se preparaba el cruel Don Alvaro para la resuelta maldad. Juzgóla tan importante, que no quiso emplearse solo en ella, y escogió para compañeros á Diego Lopez Pacheco y Pedro Coëllo, dos monstruos, pa-
re-

recidos á él, de cuya furia estaba asegurado á fuerza de regalos.

Aguardaron la noche; y la amable Ines estaba en su primer sueño, que fué el último de su vida, quando penetraron los asesinos hasta su cama. Ningun obstáculo encontró Don Alvaro, que todo lo podia. Despertó Ines, y vió, al correr las cortinas de su cama, y á la claridad que prestaba una Lamparilla, la mano de Don Alvaro, armada con un puñal. Como no se habia cubierto el rostro, lo conoció al instante; y olvidándose de todo, para no acordarse mas que del Príncipe, exclamó: ¡Justo Dios! ¡Si quereis vengar à Constanza, contentaos con toda la sangre mia, y conservad la de Don Pedro!... El bárbaro, que la escuchaba, no la dió tiempo para que hablara mas. Como no habia podido mover el co-

razon de Ines, tuvo la horròrosa complacencia de atravesárselo de una puñalada. Tambien sus cómplices emplearon en ella los bárbaros puñales, aunque no se necesitaba tanto para terminar tan bella inocente vida.

¡Qué espectáculo tan espantoso para los que por la mañana se acercaron á la cama! ¡Qué noticia para el desgraciadísimo Príncipe de Portugal! Al primer rumor de aquel suceso, volvió apresuradamente á Coimbra; y vió lo que de cierto le hubiera acabado la vida, si se muriera de dolor. Luego que abrazó mil veces el ensangrentado cadáver de su Ines, y dixo quanto le pudo inspirar tan justo despecho, corrió á Palacio como un hombre fuera de sí, pidiendo los matadores de su esposa, aun á lo inanimado que no podia responderle. En fin, llegó

gó hasta el Rey, y, sin observar miramiento alguno, dió libre curso á sus resentimientos. Despues de haber hablado largo rato, atormentado del dolor, cayó en una debilidad, que le duró lo restante del dia. Lleváronle á su quarto; y Don Alfonso, que creyó que aquel mal sería su curacion, no tuvo arrepentimiento de lo executado.

Don Alvaro, y los otros dos asesinos, se ausentaron de Coimbra. La misma ausencia confirmó su delito, cuya pronta venganza ofreció el afligido Príncipe á la memoria de su amada Ines, determinado á perseguirlos hasta en las extremidades del universo. Formó un partido considerable de los pueblos, que le eran afectos, y, despues de haber assolado las tierras que riega el Duero, continuó la guerra hasta la muerte de Don Alfonso, mezclan-

clando incesantemente lágrimas con la sangre que derramaba en venganza de su Ines querida.

Tal fué el deplorable fin de los trágicos amores de Don Pedro de Portugal, y de la bellísima Ines de Castro, cuya memoria conservó fidelísimamente el Príncipe sobre el Trono, que ocupó por derecho de su nacimiento, muerto Don Alfonso.

F I N.

